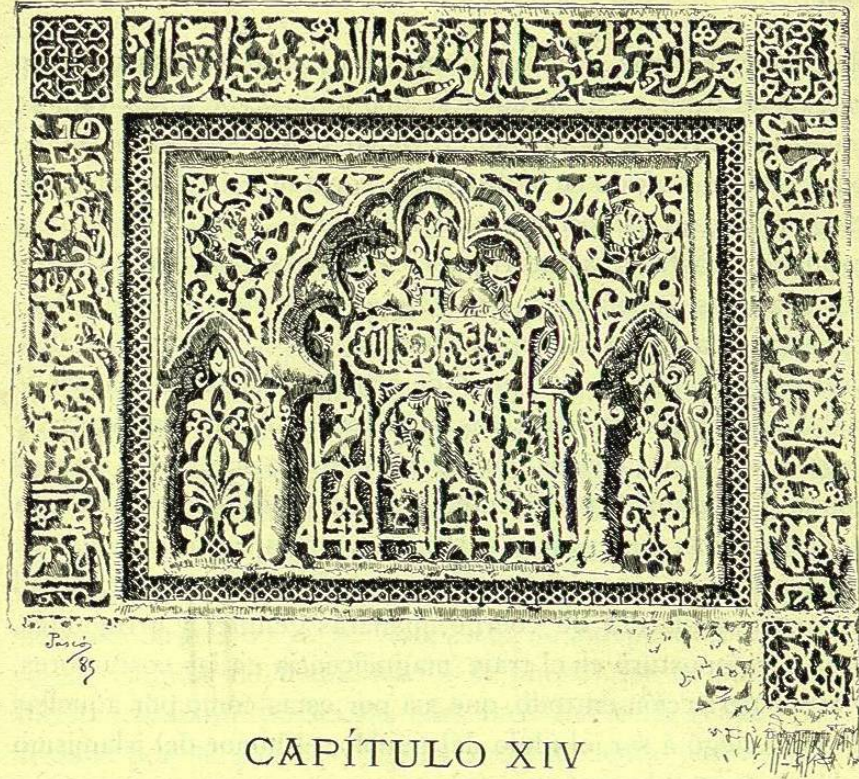
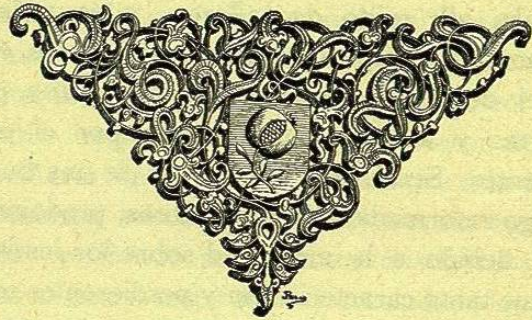


á esos tres rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Comares, suficientemente desleales aún para arrojar contra el seno de su patria la espada de un rey cristiano, ó bastante ciegos para no ver el abismo que á sus piés se abría? Difícil, muy difícil será que la puedan coronar sus sucesores. La discordia es mal inherente á las sociedades árabes; y brotará y retoñará en cada reinado hasta que se oiga en lo alto del Padul el suspiro de despedida del último rey moro.



CAPÍTULO XIV

Mohamed II.—Mohamed III.—Nasar



A proclamación de Mohamed II fué el viernes 29 de giumada del año 671 (21 Enero de 1273), es decir, en el mismo día en que murió el Ahmar, después de cuyas exequias paseó el nuevo rey las calles de Granada acompañado de la flor de su caballería. Contaba ya treinta y ocho años de edad y diez de estar gobernando el reino con su padre; conocía perfectamente su posición y lo que exigían de él los hombres y las cosas; y lejos

de comprometer la suerte de su nueva monarquía, la aseguró con rasgos de valor y de prudencia que le pusieron á la altura de los grandes reyes. Era como el Ahmar fuerte y sensato, sereno en el peligro, sufrido en la desgracia, constante en sus empresas, magnánimo en la victoria si terrible en la batalla. Llevaba la prudencia hasta la astucia; sabía vencer con la generosidad á sus mayores enemigos y conciliar entre sí las voluntades más opuestas; halagaba con frecuentes dádivas á sus amigos; alentaba con premios á su gente de armas, y hacía de cuantos le rodeaban humildes y afectos servidores. Amaba las letras, y llegó á pasar con justicia por ingenioso poeta; cautivaba á todos con su habla cortés y elegante, ya usase de la lengua árabe, ya de la española, que poseía al par de los más cultos castellanos. Reunía á todas estas dotes del ánimo hermosura y gravedad de rostro, gallardía de cuerpo, maneras gentiles y arrogantes, aseo y compostura en el traje, magnificencia en las costumbres, y tanta perfección en todo, que así por estas como por aquellas prendas llegó á ser el ídolo del pueblo, el honor del islamismo y la esperanza de su patria (1).

No hizo por de pronto Mohamed alteración alguna en las cosas de gobierno. Conservó la guardia africana y andaluza, creadas por su padre; y con objeto de tenerlas más propicias, no hizo sino conceder honores á los capitanes y caudillos que las mandaban, nobles todos y algunos hasta emparentados con los mismos reyes (2). Embebido y confiado en la política de su

(1) He aquí la pintura que hace de este rey el Khattib: «Reges omnes magnificentia, fortitudine, bellica virtute, industria, prudentia, constantia et magno rerum um atque experientia superavit: etenim aulæ administros honoribus, militiæ duces proemiis amplissimis ornavit; ac regnum tandem diversas gentes miscens commercio locupletavit. Ad hæc accedunt summa illius formæ habitusque pulchritudo, solertia, animi liberalitas ac patientia. Imperii socius à patre cui post obitum successit delectus est. Ad solium vix dum evecus morem optimatibus gessit; ad inimicorum voluntatem dexteritate atque mira arte se finxit; amicos vero præmiis cumulavit.» Añade además que fué gran calígrafo, poeta ingenioso y muy amigo de los sabios.—CASIRI: *Bibliot. Arab. Hisp. Esc.*, t. 2.º

(2) Según el Khattib y otros escritores árabes, el jefe de la guardia andaluza había de ser siempre un pariente del rey, ó cuando menos un alto dignatario de

antecesor, creía con razón arriesgado trastornar en lo más mínimo el orden establecido; y así no sólo no mudó de sistema, sino que también se esforzó en hacer de lo antiguo la ley fundamental del reino. No varió siquiera de personal, hecho con que burló tanto las esperanzas de algunos, que, dándose estos por agraviados, se pasaron al bando de los walíes y le amenazaron con una guerra á muerte. Sorprendióse al recibir la noticia; pero, fijo en su idea y resuelto á no desistir un punto de su propósito, salió como un rayo al frente de su caballería, acompañado del príncipe Felipe y sus nobles castellanos, cayó cerca de Antequera sobre los rebeldes y trabó una de las batallas más sangrientas. Los rompió, los obligó á la fuga, y, no satisfecho aún, los persiguió algunas leguas hasta hacerles dejar en el campo todo su bagaje. Trataba de acreditar en este primer hecho de armas no ya su valor, sino su independencia y su firmeza; trataba de manifestar á su pueblo que no podía haber motivos bastante poderosos para desviarle de la senda política trazada por su padre; y quiso acertadamente parecer menos generoso que fiero é implacable.

Volvió Mohamed á Granada é hizo ricos presentes de armas y caballos á sus auxiliares de Castilla; pero no llevaba ya ideas de paz, sino vehementes deseos de abrir una campaña en que pudiese exterminar ó reducir á su obediencia á los walíes. Temía, sin embargo, á Alfonso; preveía el favor que éste había de darles al verlos en peligro; y no se atrevía á provocar una situación que podía aún comprometer la existencia de su reino. Consideró que debía ante todo evitar todo rompimiento con los cristianos; y apenas se le invitó á tratar de paz por el mismo Alfonso, á quien acababa de sobrecoger D. Fadrique escribién-

palacio, y el de la africana uno del esclarecido linaje de los Merynes, que estuviese unido también por vínculos de parentesco con los emires de la Mauritania. En esta ocasión, dicen los árabes de Conde refiriéndose al reinado de este Mohamed, era caudillo de los andaluces, por haber fallecido los dos hermanos del rey, Aben-Muza, el mismo que lo había sido durante el reinado de su padre.

dole que los africanos pensaban venir á España, no vaciló un momento en pasar á Sevilla, donde le recibió con gran pompa toda la corte castellana, se hospedó en el mismo alcázar del monarca, se le armó caballero, se le obsequió con grandes fiestas, y se le satisfizo con un tratado de alianza, cuyas ventajas disminuyó con un rasgo casi necesario de caballerismo. Había ya obtenido trocar por el pago de cierta cantidad de mitkales de oro el feudo de cien lanzas y retraer á Alfonso de la amistad de los walíes, cuando sorprendido por la reina Doña Violante que tomaba parte muy activa en los negocios de Castilla, se vió obligado por las ideas de la época á otorgar la demanda de tan augusta princesa, que le pedía nada menos que la concesión de un año más de tregua á los rebeldes. Vió con esto fallidas sus esperanzas y bramó interiormente de ira; pero disimulando cuánto pudo su encono, se despidió de la corte cristiana y volvió á la suya, deseoso de que espirara el plazo de la tregua para arrojarse sin consideraciones de ningún género sobre los walíes y vengarse de la pérftida política de Alfonso.

Pasó el año, y abrió Mohamed la guerra. Cayó sobre los walíes arrostrando toda suerte de peligros; y aun viendo que peleaba sin fruto, no quiso retroceder un paso. Escribió á Yusuf, rey de Marruecos y caudillo de los Beny-Merines, le manifestó la situación precaria del islamismo en España, le pintó con vivos colores los daños que ocasionaba á su reino la rebelión de los walíes, le pidió encarecidamente que pasara á Andalucía, y para obligarle y estimularle más le ofreció los puertos de Tarifa y de Algeciras. Halló afortunadamente favor en el africano, que, dueño ya de dos imperios, se sentía arrebatado á nuevas conquistas por sus ímpetus religiosos y la embriaguez de la victoria; y el 16 de Djulkada de 673 (12 de Abril de 1275) tuvo ya en Tarifa á Abu-Zyan, hijo de Yakub, á la cabeza de cinco mil jinetes. Vió luego á los walíes doblando con humildad la frente, primero ante Abu-Zyan, y á poco ante el mismo Ya-

kub, que apenas desembarcó en España (15 de Agosto de 1275), les reconvinó por su rebelión y les reconcilió con su rey para todo el tiempo de la guerra santa. Lleno ya de esperanza, pasó á Algeciras, se apersonó con el emir, celebró consejo con él y los walíes, y salió con rapidez hacia Jaén, mientras se preparaban los de Málaga, Guadix y Comares para entrar en tierra de Córdoba, y un hijo del africano penetraba en la comarca de Sevilla al frente de numerosos escuadrones.

Logró así Mohamed hacer temblar de espanto á toda la Península. Ausente de ella Alfonso en busca de su codiciada corona de Alemania, estaba gobernada Castilla por el primogénito D. Fernando, que apenas tuvo tiempo para poner en defensa las fronteras, cuando talaban ya la tea y la espada las risueñas campiñas de Almodóvar, Úbeda y Baeza, y sonaba el estruendo de la pelea al pié de los castillos, y precedía á los ejércitos de los infieles multitud innumerable de cautivos y ganados que cubrían cerros y valles. Envióse de pronto contra los invasores al Adelantado de la frontera, á ese esforzado D. Nuño que con tanto denuedo peleó por el Ahmar y su hijo; pero en vano, porque el valor no puede suplir el número, cuando se ha de combatir con tropas que han conquistado ya dos reinos poderosos y miran como estacadas de fiesta los campos de batalla. Recogió D. Nuño cuánta gente pudo y se dirigió volando á Écija, donde estaba Yakub contemplando los despojos y los cautivos de esta primera campaña; y, á pesar de ver sobre sí toda la hueste africana, doble mayor cuando menos que la suya, aceptó sin vacilar un punto la batalla; mas por mucho que pelearon él y los suyos como leones, abrumado y acorralado por los árabes, quedó al fin vencido, derrotado, aniquilado, sin ejército, sin vida. Todo debió contribuir entonces á la venganza y á la suerte de Mohamed, que no pudo, sin embargo, dejar de llorar ante la cabeza de D. Nuño, que le remitió su aliado (1).

(1) Añaden algunos autores árabes que hizo Mohamed llenar la cabeza de al-

Fernando, el hijo de Alfonso, que, después de haber llamado á las armas á todos los ricos hombres y pueblos de Castilla, había salido de Burgos é iba incorporando consigo cuantas tropas y mesnadas encontraba al paso, enfermó al llegar á Ciudad-Real y falleció á los pocos días dejando tras sí el abatimiento y la discordia. D. Sancho, hijo segundo de D. Alfonso, que lleno aún del valor que desplegó en su juventud había reunido por su parte un ejército considerable y acudía apresuradamente á las fronteras de Granada, supo antes de entrar en esta la muerte del primogénito, y lejos de seguir la senda gloriosa que le trazaban los intereses de su patria, retrocedió impelido por su ambición al centro de Castilla, esperando hacerse proclamar sucesor y heredero de la corona en perjuicio de sus sobrinos. D. Sancho, arzobispo de Toledo, que, no pudiendo ver con indiferencia los progresos de los musulmanes, se había procurado una bula del Papa, y después de haber pregonado la cruzada había tramontado Sierra-Morena é iba recorriendo las cercanías de Jaén y Martos, entró á poco en batalla con un ejército de africanos y andaluces y perdió no sólo el campo, sino también sus mejores caballeros, su propia libertad y poco después su vida (1). Don Lope Díaz de Haro, que venía detrás del arzobispo, deseoso de vengar esta derrota renovó luégo el combate; pero, si no salió vencido, no salió tampoco vencedor, ni pudo impedir que los árabes se retirasen con su presa. Estaba en tanto Yakub talando el país hasta las mismas puertas de Sevilla, y todo eran desventuras para los cristianos.

No por esto obtuvo Mohamed los resultados que esperaba de tan feliz campaña. Llegado Alfonso á Toledo, partió para Córdoba su hijo Sancho, que ya se había hecho reconocer in-

mizele y alcanfor, y la envió en un cofrecito de plata primorosamente labrado al infante D. Sancho, que se hallaba á la sazón en Córdoba, para que la enterrase honoríficamente. (ROMEX. t. 3.º capítulo 8.º)

(1) Hemos hablado ya de esa desgraciada muerte de D. Sancho al consignar los principales hechos de la historia de Martos.

fante heredero; y viendo dentro de poco Yusuf muy hostilizadas por una parte sus tropas y atajado por otra eficazmente el paso del Estrecho, creyó indispensable pedir á la corte de Castilla una tregua de dos años, que fué desde luégo otorgada y firmada por las dos partes. Despidiéronse los walfes de los africanos con ánimo de continuar en su rebeldía apenas el emir llegase al África; y le hubo entre ellos que considerando nociva la tardanza procuró desde aquel momento reanudar sus relaciones con el monarca castellano, haciéndole vivas protestas de que sólo la prepotencia de Yusuf y las leyes de su religión le habían podido inducir á tomar parte en aquella guerra santa. Volviéronse los africanos á la costa opuesta; pero sin soltar ya las plazas de Tarifa y de Algeciras, que eran nada menos que las llaves del reino de Granada. Quedó Mohamed solo, enteramente aislado, sin más ventaja que la de haber alcanzado una tregua y la de haber hecho ver á los cristianos que le bastaba dirigir un grito de socorro al África para envolverlos en guerras sangrientas y derramar sobre las tierras recién conquistadas torrentes de soldados. No obtuvo otro beneficio de cinco meses de talas y combates; no ganó ni una ciudad, ni una villa, ni un pueblo miserable; no ganó, y aun sólo por momentos, sino campos cubiertos de cadáveres y montes que enrojecieron el cielo con las llamas del incendio. Parece imposible, verdaderamente imposible, que con un ejército aguerrido, compuesto de millares de combatientes y mandado por jefes audaces acostumbrados á vencer en cuantos combates emprendieron, en cinco meses largos, estando fuera de su reino Alfonso, muriendo el primogénito, viniendo luégo la ambición de D. Sancho á complicar los negocios de Castilla, parece verdaderamente imposible, repetimos, que no se pensase siquiera en restaurar á Sevilla, Córdoba, Jaén ú otra ciudad cualquiera de las fronterizas á Granada para, puesto en ellas el pié, ensanchar ó cuando menos dejar más asegurado ese Estado reciente, esa pequeña monarquía, último asilo de un pueblo sobre el cual parecía estar pesando de algún tiempo